Andoni Garrido Fernández

CASTILLOS Y CATAPULTAZOS

Una historia de la Edad Media para no aburrir(te)

LA ANTIGÜEDAD TARDÍA (476-750)

Europa tras las invasiones germánicas

Tras la crisis del siglo III el Imperio romano se convirtió en una especie de olla a presión a punto de estallar. Las constantes guerras por mantener la estabilidad del imperio se perpetuaban, y los bárbaros del norte y el este llegaban en oleadas, y no de turismo precisamente, sino huyendo de las condiciones climáticas adversas y de otros invasores peores que ellos: los hunos.

En este caos, empezaron a surgir elementos que serían el pan de cada día en el Medievo. Las ciudades se fortificaron como si fueran castillos de Lego, los caudillos locales, con sus ejércitos privados, empezaron a mandar más que el propio emperador, el Estado se descentralizaba cosa mala, y la parte occidental del imperio se iba deshaciendo como un azucarillo en café caliente. El comercio decayó ante la inseguridad de las rutas, y la población se sumió en una espiral de anarquía y ruralización, de escasez e inflación.

Ante esta situación, el emperador Diocleciano (gobernó del 284 al 305) decidió dividir, en el año 293, el enorme Imperio romano para hacerlo más controlable. Esa fue la llamada tetrarquía. El Imperio romano estaría gobernado por cuatro emperadores a la vez, buscando una administración más eficiente.

Uno de los emperadores que logró sacar al Imperio romano del agujero fue Constantino I el Grande (306-337), el llamado primer emperador cristiano. Fue él quien, hacia el año 324, trasladó la capital del imperio a una ciudad de origen griego llamada Bizancio, a la que rebautizó como Nueva Roma, o Constantinopla.

En las principales ciudades cristianas, como Roma, Antioquía, Alejandría, Jerusalén o esta Constantinopla, los obispos asumieron el título de

patriarcas, lo que posteriormente evolucionaría en el caso de Roma hacia la figura del papa. En teoría todos tenían su autonomía, pero en el fondo, la Iglesia hegemónica empezó a ser la de Constantinopla, que posteriormente derivaría en lo que hoy conocemos como Iglesia ortodoxa. Uno de los patriarcas más conocidos del momento fue Juan Crisóstomo, quien denunció los abusos de poder y el lujo excesivo de los emperadores y el clero.

Mientras el imperio intentaba adaptarse a estos cambios, aparecieron en escena dos nuevos protagonistas que harían tambalearlo todo: los godos y los hunos. Los godos, originarios de algún lugar frío como Escandinavia, las repúblicas bálticas o Polonia, migraron hacia el sur en el siglo III huyendo del mal tiempo (literalmente). En lo que hoy es Ucrania, fundaron un reino liderado por Hermanarico, hasta que se dividieron en ostrogodos y visigodos.

Aunque inicialmente eran paganos, se convirtieron al arrianismo gracias al obispo Ulfilas, quien tradujo la Biblia al gótico. El arrianismo era una doctrina cristiana que sostenía que Cristo no era Dios, sino un enviado, y esto, obviamente, chocaba con el dogma católico de la Trinidad, que iguala a Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hacia el año 350, aparecieron en escena los hunos, esos guerreros nómadas que venían desde las estepas rusas con ganas de jaleo. Su llegada no fue precisamente pacífica, ya que empezaron a darse de leches con los godos, que entraron en modo pánico total. Liderados por Fritigerno y otros caudillos, los visigodos cruzaron el río Danubio buscando refugio en territorio romano. Básicamente, querían huir de los hunos y ponerse a salvo tras las fronteras del imperio.

Roma intentó gestionar lo que ahora llamaríamos una crisis de refugiados, pero en vez de diplomacia y acuerdos, todo acabó en la guerra gótica (376-382). Los romanos no solo no lograron controlar la situación, sino que además sufrieron una humillante derrota en la famosa batalla de Adrianópolis (378), donde el emperador oriental Valente (364-378) perdió la vida. A partir de ese momento, los visigodos anduvieron campando a sus anchas por los Balcanes, saqueando ciudades y sembrando el caos.

Después llegó el emperador oriental Teodosio I (379-395), quien estableció el cristianismo como religión oficial del imperio a través del Edicto de Tesalónica (380).

Tras la muerte de Teodosio en el 395, el imperio se dividió de manera definitiva entre sus dos hijos: Honorio (395-423), que se quedó con el Imperio romano de Occidente, y Arcadio (395-408), que tomó el control del

de Oriente. A partir de aquí, la cosa fue cuesta abajo para el imperio del oeste, mientras el del este, con capital en Constantinopla, empezaba a construir su propia historia. Occidente agrupaba provincias como Hispania, la Galia, Britania e Italia, mientras Oriente controlaba los Balcanes, Anatolia, Egipto y Oriente Próximo.

Después, en el Imperio romano de Oriente, Teodosio II (408-450) gobernó más de cuarenta años y reforzó Constantinopla con unas murallacas de la leche. Realmente él era un niño cuando empezó la construcción, y de todo se encargó su prefecto del pretorio, Antemio. Estas triples murallas con casi cien torreones protegieron Constantinopla durante un milenio, resistiendo asaltos de todo tipo (menos el de los otomanos, pero eso es otra historia). También creó un gran centro de estudios en Constantinopla (425), con casi treinta cátedras, y redactó el Código Teodosiano (438), que recopilaba las leyes de los emperadores cristianos.

Tras Teodosio II, llegó al trono Marciano —que, a pesar del nombre, no venía de Marte—, y luego León I el Grande (457-474). Este emperador hizo algo bastante inteligente para perpetuar su poder. El imperio tenía por aquel entonces muchos soldados germanos, controlados por el magister militum Aspar, también de ascendencia germana. León I temía que algún día estas tropas germánicas se le volvieran en contra, y para evitar esto, los echó a todos para sustituirlos por unos montañeses de la región de Isauria, en Asia Menor, creando el cuerpo de los excubitores como guardia personal. Uno de estos líderes isaurios, Tarasis, el causante de la caída de Aspar, se casó con Ariadna, hija del emperador, y tras ser comandante, magister militum y cónsul, acabó reinando como emperador con el nombre de Zenón (474-491).

¿Y qué pasaba mientras tanto en el Imperio romano de Occidente? Pues que Hispania no paraba de ser invadida por germánicos. Los suevos se instalaron en la zona más occidental de lo que hoy es España y Portugal, mientras que los vándalos se hicieron con el sur. Los romanos contrataron a los visigodos para que los echaran de allí; lo consiguieron, aunque los vándalos se hicieron fuertes en el norte de África, en Cartago concretamente. Desde allí, como buenos corsarios, empezaron a saquear las costas del Mediterráneo como si no hubiera un mañana.

¿Y los romanos? Como no tenían tiempo ni tropas, pidieron sopitas a los visigodos para que básicamente les hicieran el trabajo sucio. Y vaya si lo hicieron, pero con truco: después de echar a los vándalos, dijeron: «Pues, oye, Hispania mola, nos quedamos».

Finalmente, un general romano-bárbaro llamado Odoacro, de la tribu germánica de los hérulos, acabó rebelándose contra el poder romano y entró con sus tropas en la península itálica en el 476 para deponer al último emperador romano de Occidente: Rómulo Augústulo, que era un niño. El último emperador de Occidente había caído en manos de los bárbaros, pero la parte oriental duraría mil años más. A ese Imperio romano de Oriente se lo llamó —por los historiadores desde el siglo xvII—... Imperio bizantino.

¿Sabías que...?

El concepto de «Edad Oscura» para describir la Edad Media no es más que una etiqueta injusta y desfasada, popularizada por los humanistas del Renacimiento, ya que, para ellos, todo lo que había seguido a la caída de Roma había sido algo catastrófico, y querían poner en valor el renacimiento de lo que ellos consideraban que era el mundo clásico. Sin embargo, la Edad Media fue testigo de grandes avances en todos los ámbitos: la fundación de las primeras universidades, el desarrollo del derecho europeo y la consolidación de grandes innovaciones agrícolas que transformarían el paisaje económico y social, así como un largo etcétera que vamos a ver a lo largo de este libro.

Los visigodos llegan a la península ibérica (411-476)

Aunque en el capítulo anterior hice un breve resumen, creo que es importante ver el tema de los visigodos llegando a la península con algo más de detalle.

Es en el año 411 cuando empezó a producirse la llegada en masa a la península ibérica de diferentes pueblos germanos, empujados por la presión de los hunos.

• **Vándalos:** hicieron turismo por toda la península y se asentaron temporalmente, aunque más tarde se mudarían a Cartago, en el norte de África, para liarla aún más.

- Suevos: decidieron que Galicia y parte de Portugal eran bonitos lugares para quedarse y fundaron su propio reino con capital en Braga, liderados por el rey Hermerico.
- Alanos: optaron por el centro-sur peninsular, donde intentaron establecerse sin mucho éxito.

Mientras tanto, los visigodos, liderados por el importantísimo caudillo militar Alarico (395-410), protagonizaban el famoso saqueo de Roma del año 410, que incluyó el secuestro de Gala Placidia, hermana del emperador Honorio.

Tras la muerte de Alarico, poco después le sucedería Ataúlfo (410-415), que huyó de Italia con Gala Placidia, ahora su mujer; se instalaron primero en el valle del Ródano, luego en Burdeos y finalmente acabaron en Barcino (actual Barcelona), huyendo de las tropas romanas. Acorralado, pidió paz a Roma; quería un pacto, pero claro, muchos de los suyos vieron esto como una traición y ¡zas!, lo asesinaron. Tras su asesinato, el nuevo líder visigodo fue Sigerico, que apenas duró una semana en el cargo. Y es que el hermano de Ataúlfo, llamado Walia (415-418), logró vengar a su hermano; se convertiría en rey visigodo y alcanzó un acuerdo con el emperador Honorio. El pacto con Roma podría resumirse en lo siguiente:

Romanos: Vosotros os dais de leches contra los que han invadido la península y os dejamos un *foedus* en la Galia.

Visigodos: ¿Un foedus? ¿Eso ke éh?

Romanos: Pues que os dejamos un cacho tierra dentro del imperio en plan como de prestado, como una cesión de tierras para vuestro disfrute, con autonomía y esas cosas.

Visigodos: Mola.

Y así los visigodos, en el 415, empezaron a darse de leches contra los vándalos de la península y estos tuvieron que huir al norte de África en el 429.

Walia también pactó matrimonios estratégicos con otros germanos de la península, como el de su hija con el rey suevo Requila (438-448). Juntos tuvieron un hijo que si habéis leído mi anterior libro sobre Roma os sonará... Ricimero. Sí, ese que no era emperador romano, pero lo decidía todo en la sombra. Requila no reinó mucho, pero el tío extendió el reino suevo hacia el sur, hacia la Lusitania y la Bética, y consolidando su poder en el noroeste peninsular.

Pero volviendo al tema del *foedus*, en el año 418, se creó el reino visigodo en Aquitania, con capital en Burdeos, aunque rápidamente se trasladó la capital a Tolosa, Toulouse, en Francia. Su primer rey fue Teodorico I (418-451), hijo ilegítimo de Alarico y sucesor de Walia, quien logró penetrar en la península ibérica para expulsar a vándalos y alanos.

Tras la marcha de los vándalos en el 429, en Hispania quedaron por un lado el reino suevo, liderado por su rey Hermerico (409-438), y los hispanorromanos, que cada vez se veían más alejados del poder central de Roma. Finalmente, en Aquitania estaba el reino visigodo bajo el mando de Teodorico I. Este rey participó en muchas campañas apoyando a Roma, como la batalla de los Campos Cataláunicos (451), que supuso la expulsión definitiva de Atila y sus hunos, pero que le costó la vida a nuestro querido Teodorico.

Posteriormente nos encontramos con el rey visigodo Teodorico II (453-466), quien tuvo que enfrentarse a revueltas campesinas y también a las tropas de Requiario (448-456), el primer rey suevo de Hispania en gobernar como cristiano católico, aunque lo hizo a título personal y no hubo una conversión general en todo el reino.

Los visigodos, por indicación del emperador de Roma, volvieron a entrar en la península ibérica y dieron una gran paliza a estos suevos en la batalla del río Órbigo (456), cerca de Astorga, y con ello se hicieron con parte del norte peninsular.

El sucesor de Teodorico II fue Eurico (466-484). Este tipo contempló un hecho crucial en la historia: la caída del Imperio romano en el 476, cuando las tropas de Odoacro depusieron al jovencito Rómulo Augústulo, último emperador de la Roma occidental. Eurico, que no era de seguir órdenes de cualquiera, pasó olímpicamente de reconocer a Odoacro como jefe. Con este gesto, dijo adiós al *foedus* (el acuerdo de los visigodos con Roma), y el reino visigodo de Tolosa se convirtió oficialmente en un reino independiente, marcando el inicio de una nueva etapa para los visigodos.

El reino visigodo de Tolosa (476-507)

La caída del Imperio romano de Occidente en el año 476 y el ascenso de los reinos germánicos marca la transición de la Edad Antigua a la Edad Media. Aunque para muchos la Edad Media es compleja y aburrida, oscura y turbia, durante los próximos capítulos de este libro intentaré demostrarte

que está llena de historias fascinantes y hechos cruciales para entender nuestro mundo.

Volvamos al reino visigodo de Tolosa (Toulouse). El rey Eurico (466-484) fue un auténtico crack. Bajo su mando, los visigodos se apoderaron de prácticamente toda Hispania y de parte de la Galia, del río Loira para abajo y lo que ahora es la Provenza. Además, se casó con la hija del primer rey franco, Clodoveo I, que era otro rey germano (luego lo veremos más en detalle). Con todo esto, el de Tolosa acabó convirtiéndose en uno de los reinos más poderosos de Europa en aquella época.

Ahora bien, los godos eran más bien una minoría en Hispania, unos 200.000, frente a unos cuatro millones de hispanorromanos. Pero claro, estos últimos llevaban décadas de caos, guerras y saqueos. Estaban tan hasta el gorro que vieron a los visigodos como el mal menor, el nuevo jefe al que obedecer si eso significaba un poco de tranquilidad después de tanto desmadre.

Eurico creó un código legal (Codex Euricianus), el primero que regulaba la convivencia entre godos e hispanorromanos, basado en gran parte en el derecho romano ya existente. El reino se organizaba en torno a la figura del monarca electivo, no hereditario, al menos en teoría. Lo cual suena muy bonito, pero lo cierto es que solo votaban los peces gordos: nobles y obispos. También es cierto que la mitad de estos reyes murieron con violencia debido a golpes de Estado. Todos eran reemplazables y se consideraban primus inter pares (primero entre iguales). Este rey, sus nobles y los altos cargos de la Iglesia católica tenían leyes propias y privilegios, en contraposición con el resto de la población; ya fueran hombres libres, colonos o siervos.

Alarico II (484-507) fue el siguiente rey visigodo. Reinó bastantes años y reforzó las alianzas germánicas al casarse con una de las hijas del rey ostrogodo en aquel momento, Teodorico el Grande, quien gobernaba en Italia. Con ella tuvo a Amalarico, quien luego sería rey.

De todas formas, el reinado de Alarico II terminó de forma bastante catastrófica en la batalla de Vouillé (507), donde se enfrentó a Clodoveo I, un rey franco que lo estaba petando en el norte. Resultado de la batalla: Alarico murió en combate, y con ello, el dominio visigodo en la Galia empezó a desmoronarse.

Los visigodos tuvieron que salir por patas hacia Hispania, dejando atrás buena parte de sus posesiones galas, como Aquitania y Occitania, aunque lograron mantener una franja al sur llamada Septimania (la antigua Galia Narbonense). Esta región, con su costa mediterránea y el delta del Ródano, se convirtió en el último bastión visigodo al norte de los Pirineos.

Con tanta pérdida de territorio, los visigodos decidieron mover su centro de operaciones más al sur. Aunque de momento la corte se quedó en Narbona, ya empezaban a mirar hacia Toledo como una ubicación más práctica y segura. Esta ciudad, situada en el corazón de la península ibérica, pronto se convertiría en la capital oficial del reino visigodo, marcando el inicio de una nueva etapa para los descendientes de Alarico.

El reino de Odoacro en Italia (476-493)

En el siglo v, el Imperio romano de Occidente estaba tocando fondo: inflación descontrolada, crisis económica y social y, para colmo, los pueblos germánicos entrando como Pedro por su casa. Mientras tanto, su hermanito del este, el Imperio bizantino, se estaba preparando para sobrevivir mil años más, hasta el año 1453.

En este contexto, como hemos apuntado antes, apareció un germano llamado Flavio Odoacro (también llamado Odovacar), un general romano de origen hérulo y nacido en Panonia. En el año 476, Odoacro decidió que ya estaba bien de tanto emperador inútil, depuso al jovencísimo Rómulo Augústulo —al que algunos llaman emperador, pero más bien era un chaval puesto ahí de adorno— y tomó el control de Italia. Con esto, oficialmente, se acabó el Imperio romano de Occidente.

Ahora, Odoacro no quería líos con el emperador de Oriente, Zenón, así que para quedar bien le envió las insignias imperiales a Constantinopla como diciendo «eh, ahora mandamos nosotros», y le pidió que lo reconociera como patricio y dux romano en Italia. Zenón, que era un tipo pragmático, dijo que okey makei, pero con una condición: Odoacro debía reconocer como emperador de Occidente a Julio Nepote, el anterior emperador que había sido depuesto por Rómulo. Nepote solo controlaba un pequeño territorio en Dalmacia, y cuatro años después fue asesinado por sus soldados.

Aprovechando la muerte de Nepote, Odoacro invadió Dalmacia y fundó el efímero reino de Odoacro, convirtiéndose en el único rey del territorio, que incluía Italia y Dalmacia. Al año siguiente conquistó la isla de Sicilia, que estaba bajo el control de los vándalos, otro pueblo germánico. En aquellos años, el papa de Roma era Simplicio, y en el 483 le sucedió el papa Félix III. Este es importante porque excomulgó al patriarca de Constantinopla Acacio debido a un edicto que hizo para reconciliarse con los cristianos monofisitas —que se consideraba una herejía—, provocando un cisma entre estas iglesias cristianas. Este rifirrafe fue una precuela temprana del gran cisma que dividiría definitivamente el cristianismo en católicos, con el papa como líder supremo, y ortodoxos, liderados por el patriarca de Constantinopla.

Después vino un papa bastante especial: Gelasio I, el último pontífice africano hasta la fecha. Este tipo fue el primero en discutir la separación de poderes entre el ámbito espiritual y el terrenal. Gelasio defendió que la *auctoritas* (la autoridad espiritual de la Iglesia) estaba por encima de la *potestas* (el poder temporal de los gobernantes, como reyes y emperadores). Este concepto fue clave en los conflictos entre papas y emperadores durante toda la Edad Media.

El reinado de Odoacro tenía los días contados porque a Zenón, el emperador bizantino, no le hacía gracia que este bárbaro fuera tan de «jefe supremo» y pasara de su autoridad. Así que, en plan maquiavélico, Zenón mandó a los ostrogodos, que eran sus colegas (por ahora), a darle una lección. Los ostrogodos, liderados por Teodorico el Grande, tenían una misión: invadir Italia, cargarse a Odoacro y devolver el territorio a los bizantinos. Todo marchó según el plan, menos lo último. De hecho, la Edad Media se puede resumir en un montón de reyes intentando crear su propio Imperio romano.

En fin, que Teodorico el Grande y sus ostrogodos invadieron Italia y vencieron a las tropas de Odoacro en el año 489 a orillas del río Isonzo. Al año siguiente tomaron Milán y lograron penetrar en la capital, Rávena, en febrero del 493. Debido a esto, Odoacro se rindió y pactó un gobierno conjunto con Teodorico; pero poco después, este último lo traicionó y lo asesinó durante un banquete, quedándose con todo su reino.

Los francos merovingios: orígenes y Clodoveo I (486-561)

El origen de los pueblos francos

Ahora retrocedamos un poco más en el tiempo, porque tenemos que conocer a otro pueblo germánico que contribuyó a tirar abajo el Imperio romano de Occidente: los francos. Hacia el año 250 los romanos empezaron a notar que, en los actuales Países Bajos, en el valle del bajo Rin, había un batiburrillo de tribus con nombres mazo de raros: usipetos, camavos, catuarios, bructeros y tencteros. Estos tipos, un poco *cagaos* por el avance romano, decidieron juntarse y llamarse francos. De todas formas, pronto se dividieron en dos: los francos salios y los francos ripuarios.

Hablaban fráncico, una lengua germánica occidental que evolucionó hasta el actual neerlandés, también llamado flamenco en Flandes. Otros vecinos eran los frisios o frisones, que vivían en la parte norte de los actuales Países Bajos.

Varios emperadores romanos como Constancio Cloro y Juliano el Apóstata lucharon durante años contra estos francos. Al final, los francos salios decidieron optar por la vía pragmática: un *foedus* (acuerdo) con Roma. Ellos se comprometían a defender el imperio de otros bárbaros y, a cambio, los romanos les dejaban cierta autonomía. Un trato muy bonito en teoría.

Pero claro, hacia el año 400 comenzaron a llegar más bárbaros en grandes oleadas: vándalos, suevos y alanos, cuyo destino como ya he contado anteriormente fue la península ibérica, y después los visigodos y finalmente los burgundios liderados por Gondioc, quienes acabaron asentados en el valle del Ródano, una zona todavía con bastante influencia romana. Estos burgundios se romanizaron bastante, y establecerían su capital en Lyon.

Pero volvamos a los francos. Se habla de varios reyes francos míticos que habrían liderado su pueblo en estos primeros tiempos, como Faramundo (420-428), que atravesó con sus gentes el río Rin en el año 420. Le sucedió Clodión el Cabelludo (428-448), llamado así porque los merovingios decían que su *mund*, o poder divino, residía en tener pelazo. Sin embargo, su imponente cabellera no le sirvió de mucho, pues se cuenta que el general romano y gobernador de la Galia Flavio Aecio lo derrotó en varias ocasiones, y dejó a los francos en una posición muy débil.

El siguiente en la lista es Meroveo (450-458), que da nombre a la dinastía merovingia. Y aquí la cosa se pone raruna, porque la leyenda dice que fue concebido por un tal Quinotauro, un monstruo marino. Suena a mitología o a que su padre era feo de cojones. Pero lo que sí parece cierto es que, en el año 451, Meroveo se unió al general romano Flavio Aecio para derrotar a los hunos de Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos. Victoria en la que lograron cortar a Atila su avance por la Galia.

Mientras tanto, los francos ripuarios andaban organizándose al otro lado del Rin, en sitios como Colonia, Maguncia o Xanten, creando su propio Estado. Por otro lado, los francos salios fueron moviéndose hacia Bélgica, tomando lugares como Tournai y zonas del norte galo.

Fue en esta región donde surgió un nuevo líder: el rey franco salio Childerico I (457-481). Se casó con Basina, del reino de Turingia, y de este matrimonio nació Clodoveo I, quien marcaría un antes y un después en la historia de los francos. Y es que Clodoveo I fue coronado como rex francorum en el año 481, adoptando algunas formas del Imperio romano recién caído, sentando las bases para la expansión y consolidación del reino franco, que llegaría a dominar gran parte de Europa occidental.

El rey Clodoveo I

Las crónicas describen a Clodoveo I (481-509) como un guerrero implacable y sin escrúpulos. A lo largo de sus treinta años de reinado se cargó sin dudarlo a cualquier rival de su tribu mientras consolidaba su dominio sobre toda la Galia. Una de sus primeras victorias significativas fue contra el general romano Afranio Siagrio, un remanente del caído imperio que todavía sobrevivía en un pequeño feudo en la zona de Novidunum (Soissons). Este territorio fue absorbido en el año 486 por el reino franco.

Clodoveo I se casó con Clotilde, una princesa católica del reino burgundio, pero él aún profesaba los cultos paganos de origen germánico. Después, en la batalla de Tolbiac (496) derrotó a la tribu de los alamanes. Aquí es donde la cosa se pone mítica: según las historias, Clodoveo, a punto de perder, se encomendó a Cristo para salvar su pellejo. Y, milagrosamente, una flecha (o un hacha divina, depende de quién lo cuente) cayó del cielo y fulminó al rey alamán. La versión más probable es que Clodoveo viera en el catolicismo una herramienta política para ganar el apoyo del poderoso clero galorromano y de las élites locales.

Sea como fuere, tras su victoria en Tolbiac, Clodoveo decidió dar un giro religioso. Se bautizó en la ciudad de Reims, en una ceremonia dirigida por el obispo Remigio, convirtiéndose oficialmente al catolicismo. Este movimiento no solo le valió el respaldo del clero, sino que también lo puso en una posición ventajosa frente a los visigodos arrianos, que por entonces eran considerados unos herejes por la Iglesia católica.

Con el clero católico aplaudiendo como si Clodoveo I fuera un *rockstar* medieval, el tío decidió que ya era hora de ir a por los visigodos arrianos, esos «herejes» que tan mal caían. En el 507 cruzó el río Loira con su ejército y se enfrentó a ellos en la batalla de Vouillé. Resultado: Alarico II, el rey visigodo, acabó fiambre, y los francos conquistaron casi todo el territorio visigodo al norte de los Pirineos, salvo la Galia Narbonense. Fue el punto final para el reino visigodo de Tolosa, que ahora tuvo que buscarse la vida en Hispania, donde Toledo se convirtió en su nueva capital.

Tras consolidar su dominio, Clodoveo I estableció la capital del reino merovingio en una incipiente ciudad construida en una isla del río Sena: Lutetia Parisii, donde antiguamente vivía la tribu gala de los parisi. Lo habéis adivinado. Ese lugar luego se convertiría en París.

La consolidación de Lutetia como capital fue un paso clave en la transformación del reino franco. Pronto empezaron a levantarse iglesias en los alrededores, con un estilo que mezclaba las líneas clásicas romanas con detalles germánicos en los capiteles y sarcófagos. Y los francos, que eran bastante manitas, empezaron a destacar en la elaboración de vidrieras, desarrollando técnicas cada vez más refinadas. Estas creaciones, que siglos después alcanzarían su apogeo en el arte gótico, empezaron a gestarse aquí, con la fusión de influencias romanas, galas y francas.

Los reinos germanos y su evolución hasta la Edad Media

Aunque los germanos eran los que llevaban las riendas del cotarro, nunca fueron muchos en comparación con la población romanizada que conquistaron. En el caso de los francos, apenas llegaban a 150.000, por lo que se convirtieron en una élite que dominaba una mayoría de galorromanos. Y como Roma ya no estaba para supervisar nada, aprovecharon el vacío de poder y tomaron el control de las villas más influyentes, siendo aceptados sin demasiada bronca.

Estos francos no eran tontos. En vez de romperse la cabeza inventando un sistema administrativo, se quedaron con el que ya tenían los romanos. Los antiguos funcionarios seguían organizando todo, pero ahora bajo las órdenes de los reyes francos. Eso sí, el rey ejercía el poder supremo y tenía a su alrededor a los *leudes*, una aristocracia que vigilaba el funcionamiento de todo.

De este grupo surgieron los duques y condes, quienes gobernarían las provincias en nombre del rey de forma no hereditaria. De hecho, el término

duque viene de los *dux* romanos, que eran generales a los que se otorgaban tierras. Conde, por su parte, vendría del término *comes*, compañero en latín, ya que acompañaban al emperador en sus viajes a las diferentes provincias.

En esta etapa aún no existía un ejército permanente, pues era muy caro, y en caso de guerra los duques y condes tenían que reclutar soldados, ya fuera entre sus propios guerreros francos o entre la población local de sus territorios. De momento, nada de caballeros con armaduras relucientes y espadas gigantes, todo era bastante precario en esta época. El arma estrella era el hacha francisca, una herramienta que podía usarse tanto para talar un árbol como para lanzárselo a un enemigo a la cabeza.

Estos pueblos hablaban lenguas de origen germánico, pero en muchos de sus reinos se siguió usando el latín, que, al mezclarse con otras lenguas, dio origen, con el paso de los siglos, a variedades que llamamos románicas o romances: castellano, portugués, catalán, francés, italiano, rumano, sardo... entre otras.

¿Sabías que...?

La ley germana fue durante mucho tiempo consuetudinaria, es decir, que no estaba escrita y se basaba en tradiciones y costumbres transmitidas oralmente. Sin embargo, gracias a la influencia de la jurisprudencia romana, los pueblos germánicos empezaron a redactar sus propios códigos jurídicos basados en el derecho romano. A Clodoveo I se le atribuye la publicación de la Ley Sálica, derivada de las costumbres de los francos salios. Este código regulaba aspectos esenciales como la sucesión monárquica, las herencias, los robos y los crímenes en general, y hasta los maleficios y movidas de hechicería. En casos de maleficios, las penas solían ser severas, pudiéndose condenar a la horca o a la hoguera.

Además, la reinterpretación de esta Ley Sálica en el siglo XIV traería problemones gordísimos, ya que se utilizó para excluir a las mujeres, tanto de la sucesión al trono francés como de la posibilidad de transmitir derechos dinásticos por herencia. Estas restricciones legales fueron el origen de disputas dinásticas que marcaron la historia de Francia, como la famosa guerra de los Cien Años.

La división del reino franco

Y ahora, cuidado porque vienen curvas. Este es un periodo lleno de nombres de reyes liosos, reinos fragmentados y mucho caos. Es una etapa de la historia de Francia bastante compleja, oscura y densa, pero tampoco os agobiéis.

En el año 511 Clodoveo I murió y cometió el clásico error de dividir el reino entre los hijos:

- Teodorico I recibió la región de Reims, o de Austrasia, la tierra del este, con capital en Metz.
- Clodomiro se hizo con Orleans, en el valle del Loira.
- Childeberto I se quedó con París y el valle del Sena, aunque poco después conquistó la parte de Clodomiro.
- Clotario I gobernó sobre Soissons y la zona belga, y reinó en la región de Neustria, la tierra del oeste.

En resumen, que ahora el reino franco se dividió en cuatro. Estaba pasando algo similar a lo que ya había ocurrido con el Imperio romano. Los cuatro minirreinos fueron París, Orleans, Neustria y Austrasia, siendo este último el más importante de todos, y el que más se expandiría en los años siguientes hasta la reunificación de todo en el año 558. Sí, fue medio siglo de división. Aunque luego se volvería a dividir y después se volvería a reunificar. Ahora lo veremos.

Mientras tanto, gentes del otro lado del Canal de la Mancha, los bretones, que venían de las islas británicas, llegaron con sus barquitos y colonizaron la península de Armórica, lo que ahora conocemos como Bretaña francesa. Por otra parte, la región de Borgoña todavía estaba bajo el control del reino de los burgundios, aunque por poco tiempo. Y finalmente la muy romanizada Aquitania pasó a formar parte de Neustria, pero con bastante autonomía.

La ambición de Clotario I, rey de Neustria/Soissons, le hizo desear los territorios de sus hermanos. Estos irían poco a poco cayendo hasta que solo quedase uno, como en *Los juegos del hambre*.

El primero en morir fue Clodomiro, rey de Orleans, en el 524, pero el culpable no fue un *bro* suyo sino el rey burgundio Gundemaro III, contra quien los hermanos empezaron la primera guerra burgundia. Los francos

perdieron, y ahora el rico territorio de Orleans iba a ser fraccionado entre los hijos del fallecido. «¡Nada de eso!», dijeron los hermanos, y mataron a sus sobrinos para evitar que pudieran heredar aquel pedazo de tierra. Y tras la sangría, los tres monarcas francos se repartieron lo que quedó.

En el 531 entró en escena Hermanfredo, rey de Turingia, un pequeño reino germánico vecino, situado en la actual Alemania. El caso es que Hermanfredo tenía también problemas con su hermano Baderico, que quería robarle el trono, así que se hizo amigo de los tres reyes francos para que le ayudaran a derrotarlo.

- —Si me ayudáis a derrotar a mi hermano Baderico os cedo parte de mi reino —dijo el ansioso rey turingio.
 - —Guay —contestaron los hermanos francos.

Y todos juntos vencieron a Baderico. Pero luego también, en un acto de traición, acabaron con Hermanfredo, y el rey franco Teodorico I se quedó con toda Turingia. Gracias a esto, gran parte de Germania pasó a formar parte del reino de Austrasia y, por ende, del reino franco.

Algo parecido pasó con los burgundios. Gundemaro III se quedó sin ayuda ostrogoda y los hermanos fueron a saco a por él en la llamada segunda guerra burgundia, que acabó en la absorción de su territorio por parte de Clotario y Childeberto.

Este último también luchó contra los visigodos y dirigió una campaña en el 542 en la que logró conquistar la ciudad de Pamplona. Sin embargo, en Zaragoza no tuvo tanta suerte y acabó siendo derrotado, y hubo de volver al territorio franco con el rabo entre las piernas. Eso sí, como botín se llevó una reliquia cristiana, la túnica de san Vicente, que utilizó para legitimar la construcción de iglesias por todo París. La isla de la Cité, la isla de París, donde vivía este rey, se fortificó hasta el extremo, temiendo posibles ataques de sus hermanos.

Teodorico I de Austrasia murió por enfermedad en el 534 mientras él y su hijo Teodoberto I trataban de tomar Arlés. Clotario I intentó arrebatarle la herencia, pero Childeberto I se unió a su sobrino y casi lo derrotaron en Ruan; tras un asedio con tormenta infernal incluida, decidieron firmar un tratado de paz. Ahora Teodoberto I de Austrasia se enfrentaría, apoyado por los bizantinos, a los ostrogodos. Y tuvo algunos éxitos, pero murió bastante pronto.

No sería hasta el año 555, con la muerte de su hijo Teodobaldo, cuando Clotario I se presentó en la ciudad de Metz a reclamar el trono de Austrasia. Childeberto murió enfermo tres años después, y como no podía ser de otra manera, Clotario I se presentó en París y unificó toda «Frankia» al igual que su padre había hecho cincuenta años antes. Había costado mucho, pero total ¿para qué? Tres años después, en el 561, Clotario I la diñó y volvió la desunión.

El reino ostrogodo en Italia (493-553)

En la Edad Media, el reino ostrogodo floreció en la península itálica bajo el gobierno de Teodorico el Grande (493-526). Pero ¿cómo llegó Teodorico a gobernar Italia y qué desafíos tuvo que enfrentar para mantener unido su reino? En este capítulo exploraremos la vida de Teodorico y la consolidación del reino ostrogodo de Italia.

Teodorico el Grande

Teodorico el Grande, con el apoyo del emperador romano de Oriente Zenón, logró derrotar a Odoacro y tomar Rávena, la capital en aquel momento. Gracias a esto, Teodorico el Grande se convirtió en el gobernante *de facto* de Italia, y estableció el reino ostrogodo en el año 493 d.C.

A lo largo de su reinado, mantuvo lazos estrechos con el Imperio de Bizancio, conservando las estructuras administrativas romanas en la península itálica. La aristocracia romana siguió controlando gran parte de sus tierras y propiedades, asegurando una transición pacífica y evitando tensiones innecesarias.

Teodorico decidió continuar con Rávena como la capital de su reino, ya que esta ciudad había sido la capital del Imperio romano de Occidente desde tiempos del emperador Honorio. Allí ordenó la construcción del palacio de Teodorico, cuyos restos aún se conservan. También erigió la basílica de San Apolinar el Nuevo y el mausoleo de Teodorico, donde sería enterrado junto a su hija, Teodegonda.

Para consolidar su poder en la península itálica, Teodorico el Grande buscó alianzas estratégicas, y casó a su hija Teodegonda con Alarico II, rey del reino visigodo de Tolosa. El problema fue que en el año 507 Alarico II murió en la batalla de Vouillé luchando contra el franco Clodoveo I.

El caso es que el heredero del reino visigodo era Amalarico, hijo de Alarico II y nieto de nuestro querido Teodorico el Grande. Para asegurar el poder de su nieto, Teodorico el Grande entró en Hispania y se lio a espadazos contra los que querían disputarle el trono. Con ello, Teodorico el Grande controló en la práctica todo este territorio.

En el ámbito religioso, durante el reinado de Teodorico el Grande se debatió el proceso de elección papal. Finalmente, se estableció que los nuevos papas serían elegidos por el voto de setenta y dos obispos en un sínodo, excluyendo a la aristocracia laica de este procedimiento. La sede de estos papas de Roma no estaba en el Vaticano como ahora, sino que gobernaban desde el palacio de Letrán, en Roma. Eso sí, en el Vaticano sí que existía la antigua basílica de San Pedro, construida por el emperador Constantino I entre los años 326 y 333, que se usó como lugar de coronación de papas y emperadores.

¿Sabías que...?

El reinado de Teodorico el Grande destacó también por la presencia de figuras intelectuales de gran importancia, como el filósofo y poeta romano Boecio. De formación clásica y profundamente influido por los ideales greco-romanos, Boecio llegó a ser *magister officiorum* (primer ministro) de Teodorico, aunque su vida terminó trágicamente cuando fue acusado de conspiración contra los ostrogodos y ejecutado en el 524. Su obra más famosa fue *La consolación de la filosofía*, que se convirtió en un clásico de la literatura medieval, y se trata de un diálogo entre él mismo y la personificación de la Filosofía. Boecio sirvió como puente intelectual entre el mundo antiguo y la Europa medieval, e influyó en la futura escolástica.

Teodorico el Grande murió en el 526, dividiendo su reino entre dos de sus nietos. A Amalarico le dejó el trono de Hispania, y a Atalarico (526-534), de solo diez años de edad, el de Italia.

La madre de Atalarico, Amalasunta, asumió la regencia debido a la corta edad de su hijo. Su padre, Eutarico, un noble visigodo, había muerto tiempo atrás. Sin embargo, tras la prematura muerte de Atalarico, Amalasunta se casó con Teodato, un duque ostrogodo sobrino de Teodorico el Grande. El problema fue que este matrimonio resultó fatal para la pobre Amalasunta; podríamos decir que resultó ser un «mal-asunto». Y es que Teodato asesinó a su mujer en el año 535. Este horrible acto provocó la intervención del emperador bizantino Justiniano I, quien envió a su general Belisario a Italia, iniciando la *Renovatio Imperii* o *Recuperatio Imperii*, es decir, la recuperación del Imperio romano caído.

La Recuperatio Imperii y el fin del reino ostrogodo

El ambicioso programa político del emperador Justiniano I (527-565), conocido como *Renovatio Imperii* o *Recuperatio Imperii*, buscaba reunificar el destartalado Imperio romano. Sin embargo, este plan desembocó en una segunda guerra gótica (535-554), donde los bizantinos lucharían contra los usurpadores germanos en todos los lugares anteriormente romanizados.

Esta guerra marcó la caída del reino ostrogodo de Italia, la conquista del reino vándalo del Norte de África, y la recuperación de territorios clave como Sicilia, Nápoles y Roma. Con estas victorias, Italia fue reintegrada al Imperio romano de Oriente, aunque esta situación no duraría mucho tiempo.

Otra de las razones para intentar llevar a cabo esta reconquista era la cuestión religiosa, pues los ostrogodos eran en su mayoría cristianos arrianos, credo considerado por muchos en Constantinopla como una herejía.

La segunda guerra gótica fue larga y brutal, y causó gran devastación por toda Italia. Los ostrogodos lucharon valientemente, pero la superioridad militar bizantina prevaleció en varias batallas clave.

Después de la muerte del rey ostrogodo Teodato en el 536, una sucesión de monarcas ostrogodos intentó mantener el control de Italia, destacando Hildibaldo, Erarico y Totila. Trataron de resistir a los bizantinos, dirigidos por el general Belisario, pero lo único que consiguieron fue que muchas ciudades acabaran prácticamente reducidas a cenizas. Por ejemplo, Roma acabó bastante destrozada y con su población saliendo cagando leches de allí para refugiarse en el campo.

De todas formas, Totila logró resistir bastante bien y, de hecho, reconquistó muchas partes de Italia. Pero su suerte no duraría mucho: en el año 552 fue derrotado y asesinado en la batalla de Tagina por el general bizantino Narsés. Tras su muerte, Teya, un oficial de Totila y considerado el último rey ostrogodo, intentó reorganizar las fuerzas restantes, pero fue asesinado en la batalla de Mons Lactarius en 553.

Con la muerte de Teya, el reino ostrogodo llegó a su fin, e Italia fue reintegrada al Imperio romano de Oriente, o Imperio bizantino. Pero... ¿a qué precio? La península había quedado devastada, arrasada por los ejércitos romanos. Su economía estaba arruinada, y las principales ciudades, Roma incluida, habían sido destruidas. Para colmo, esta unificación imperial fue efimera, como todo en esta época.

El nacimiento de la heptarquía anglosajona de Inglaterra (500-793)

El origen de los reinos anglosajones en Inglaterra

Ahora toca centrarnos en Inglaterra, concretamente en la heptarquía anglosajona. ¿Qué demonios es esto? Bueno, para entenderlo bien, vamos a retroceder un poco en el tiempo.

Alrededor del año 410 los romanos se dieron el piro de Britania debido a las invasiones germánicas y los demás problemas internos que sufría el Imperio romano de Occidente. Es entonces cuando esta antigua provincia romana entró en lo que conocemos como una «edad oscura», es decir, un periodo de tiempo del que hay muy poquitas fuentes.

¿Qué ocurrió entonces tras la retirada romana? Pues que todo el territorio se fragmentó en diferentes reinitos dirigidos por bandas guerreras de britano-romanos, muchos de ellos cristianos. En la zona de Londres surgió el reino de Lundein. Pero el más importante fue el reino de Dumnonia, que abarcaba lo que hoy es Cornualles, Devon y Somerset. En Gales encontraríamos el reino de Powys y el reino de Gwynedd, siendo este último considerado el precursor del reino de Gales.

Sin embargo, estos reinos eran muy débiles y sus caudillos no paraban de luchar entre sí. Y fue entonces cuando llegaron en masa por mar un nuevo grupo de pueblos germánicos: los anglos, los sajones y los jutos. En general se los conoce como los anglosajones, y básicamente llegarían a la isla de Britania a poner el lugar patas arriba.

¿Desde dónde migraron? Pues los anglos procedían de la región de Angeln, una península situada entre el norte de Alemania y el sur de Dinamarca. El futuro término *England*, es decir, Inglaterra, vendría por ellos. Los sajones provenían del norte de Alemania, de la zona entre los ríos Elba y Weser. Su nombre viene por su arma más característica, la *seax*, un tipo de daga o cuchillo. Finalmente, los jutos procedían de Jutlandia, península que forma parte de la actual Dinamarca. Fueron los menos numerosos, pero fundaron el reino de Kent. Con esto explicado, vamos a ver cómo fue su llegada paulatina.

Los sajones eran dirigidos por Hengest y Horsa. Llegaron a las costas de lo que hoy es Kent. Allí parece que un caudillo britano de nombre Vortigern los contrató como mercenarios para guerrear contra otros pueblos britanos de la zona. Estos les ayudaron, pero exigieron un pago muy alto y el poder asentarse en la zona de Kent. Sin embargo, ante la negativa de los britanos, empezaron los malos rollos y las peleas, que luego acabaron derivando en un conflicto abierto.

En el año 455 tuvo lugar la batalla de Aylesford, aunque las fuentes no aclaran quién salió victorioso. Más tarde, según el mito, Vortigern buscó la paz con Hengest y este le ofreció a su hija Rowena como esposa. Pero durante el banquete, los sajones sacaron sus armas y mataron a todo dios. Fue una sangrienta masacre que dio gran poder a los sajones. Este hecho se conoce como la «noche de los cuchillos largos» (no confundir con la purga del mismo nombre ocurrida en el Tercer Reich). Eso sí, este evento es narrado en fuentes muy posteriores, por lo que probablemente tenga más de mito que de verdad.

Según contaba el monje Gildas el Sabio, parece ser que los britanos se defendieron al mando de un caudillo llamado Ambrosius Aurelianus. Luego la leyenda lo convertiría en hermano de Uther Pendragon y tío del rey Arturo. Y de este hay que hablar ahora. Resulta que hacia el año 500 tuvo lugar la batalla del Monte Badon. Esta batalla es famosa porque los britanos lograron vencer a los anglosajones y detener su avance por la isla. La *Historia Brittonum* del siglo IX dice que fue un tal Arturo quien comandó a las tropas britanas y se cargó a mazo de anglosajones.

El problema fue que poco después llegó la plaga de Justiniano —una epidemia de peste bubónica que asoló Europa desde mediados del siglo vi—y los britano-romanos empezaron a palmar mientras llegaban más y más anglosajones. Muchos britano-romanos decidieron huir de la isla, y se mu-

daron a Armórica, en la Galia. Incluso un grupo llegó al norte de España, concretamente a lo que hoy es Galicia. Otros britanos huyeron a Cumbria, Gales o Cornualles, donde ya existían otros reinos britanos, y allí aguantaron una temporada. Y luego hubo grupos que se quedaron y aceptaron la autoridad anglosajona, adaptándose a la cultura de estos invasores.

La fundación de los reinos sajones en el sur de Inglaterra

Tras todos estos conflictos, los sajones crearon tres reinos en el sur inglés. Son fácilmente reconocibles porque contienen el sufijo «sex». No es que fueran unos salidos; ss un término germánico que, literalmente, significa «sajones».

El primero, el reino de Sussex, significa «sajones del sur» y fue fundado en el año 490 por Aelle, considerado por muchos como el primer *bretwalda*, o líder supremo anglosajón. Luego, por el 519, el rey Cerdic creó el reino de Wessex, o «sajones del oeste», en lo que hoy es Hampshire; esto lo consiguió tras matar a un rey britano llamado Natanleod. Wessex acabaría siendo el reino sajón más poderoso, y núcleo de su futura unificación. Y, finalmente, estaría el reino de Essex, o «sajones del este», fundado por el rey Aescwine, el menos importante.

La expansión anglosajona en el centro de Inglaterra

Con el tiempo y la sucesiva llegada de barcos, los anglos se fueron asentando por toda la zona central de Inglaterra, estableciendo diferentes reinos. El primero fue el reino de Lindsey, formado al sur del estuario del río Humber. Después, otros anglos se adentraron en las *Midlands* (las tierras del centro) siguiendo el río Trent, y allí formaron el reino de los iclingas, que en el futuro se convertiría en el reino de Mercia, que llegaría a ser bastante poderoso.

En el norte fundaron otros dos: el reino de Deira y el reino de Bernicia, que en el futuro se unirían en el reino de Northumbria, también de gran importancia en la historia de Inglaterra. Y finalmente, el último reino anglosajón en aparecer fue el reino de Anglia oriental, ubicado en el este de Inglaterra, donde hoy están los condados de Norfolk y Suffolk.

Esta gente hablaba diferentes dialectos del germánico occidental, y toda esta fusión de lenguas dio origen al inglés antiguo, la base del inglés moderno. Palabras como *English* (inglés) o *England* (Inglaterra) provienen,

obviamente, del término usado para denominar a los anglos. Y anglosajón es sinónimo de inglés, de hecho.

Con la retirada romana y la conquista anglosajona, gran parte de las ciudades antiguamente romanas acabaron abandonadas. Una de las pocas que conservó parte de su vida urbana fue Londinium, que ahora pasó a llamarse Lunden, y que luego daría origen a Londres. De todas formas, con el paso del tiempo, se fueron construyendo nuevas ciudades erigidas directamente sobre las antiguas ruinas romanas. Es el caso de Eoforwic, antigua Eboracum y futura York, capital de Northumbria, o de Wintanceaster, capital de Wessex, que en el futuro sería conocida como Winchester.

¿Sabías que...?

¿Cómo se organizaron los anglosajones? Esta sociedad germánica estaba estructurada de forma jerárquica. En la cúspide de la jerarquía social anglosajona tenemos al rey (cyning o kining), el líder supremo y responsable de la administración de justicia. Le seguía en poder el príncipe sucesor, llamado aetheling. Después estaban los prefectos o duques, llamados ealdorman, nobles de alto rango encargados de gobernar regiones del reino en nombre del rey, y que también se ocupaban de la recaudación de tributos. También se los conoce como los earl, que es más como un conde. Por último, habría que destacar a los barones o caballeros, los llamados thengs, que eran vasallos del rey y los earl, los que luchaban por ellos, y eran fundamentales para la defensa de los reinos. A cambio recibían tierras, riquezas y estatus social. Todas las personas sabias del reino se reunían periódicamente en los witenagemot, o witan, una especie de asamblea o consejo. Esta asamblea asesoraba al monarca en leyes, política, religión o guerra.

Las luchas entre los reinos anglosajones (560-793)

La época de la Britania de los siglos vi al viii es un lío de tres pares de narices, así que vamos a ver de forma simplificada algunos hechos importantes.

A partir del año 560, Wessex fue gobernado por el rey Ceawlin. Este es famoso porque logró expandir su reino bastante, especialmente tras la batalla de Deorham del 577. Capturó Glevum (actual Gloucester), Corinium (Cirencester) y Aquae Sulis (Bath) y alcanzó el Canal de Bristol. Hacia el año 600 la dinastía de los Iclingas fundó el reino de Mercia. La fecha exacta no se conoce, y su fundador más de lo mismo.

La influencia del cristianismo en la Inglaterra medieval temprana

El año 601 es un año importante para el cristianismo en la isla. Ese fue el año en el que el rey Aethelberht de Kent, o Adalberto (580-616), fue bautizado; es el primer rey inglés en convertirse al cristianismo. Además, dio permiso al misionero Agustín, enviado del papa Gregorio I, para construir el monasterio de Canterbury, ciudad que era la capital del reino, y que en aquella época era llamada Cantwareburh. Desde este momento, los anglosajones fueron poco a poco pasando a adorar a Cristo, aunque este cristianismo mezcló durante mucho tiempo elementos paganos, tanto germánicos como celtas.

¿Sabías que...?

La lengua inglesa conserva en su vocabulario reminiscencias de su pasado pagano germánico, sobre todo en nombres de festividades y los días de la semana. Vamos a ver algunos ejemplos.

La Pascua, o nuestra Semana Santa, es llamada en inglés *Easter* por la diosa pagana de la primavera Eastre, Eostre o también conocida como Ostara. Parece ser que estos primeros anglosajones celebraban en abril un festival en honor a esta diosa, pero con la llegada del cristianismo, la celebración fue absorbida por la Pascua cristiana, aunque mantuvo el nombre.

Y los días de la semana en inglés hacen referencia a varios dioses germánicos: Tiw acabaría derivando en *Tuesday* (pronunciado *tiusdei*). Woden, que es otro nombre de Odín, principal dios nórdico, daría nombre al miércoles, *Wednesday*. El famoso Thor tendría un día dedicado a su figura, y sería el jueves, *Thursday*. Finalmente, la diosa nórdica del amor, Freya, daría nombre al viernes, *Friday*.

Tras la ya mencionada conversión de Aethelberht de Kent, el cristianismo continuó ganando terreno entre los anglosajones. Uno de los siguientes en convertirse fue Cynegils, rey de Wessex. Gracias a esto, Londres se convirtió en sede episcopal y en la ciudad se construyó la primera iglesia dedicada a san Pablo.

En el año 604, el rey de Bernicia Aethelfrith, o Etelfrido para los amigos, unificó Bernicia y Deira, situando su capital en Bamburgh. Algunos llaman a esta unión Northumbria, pero ese nombre no se usó hasta más tarde. Etelfrido estaba rodeado de enemigos. Los britanos de Goddodin al norte, el reino britano-cumbrio de Strathclyde por el oeste, y el reino irlandés de Dál Riata más al noroeste. Contra todos luchó y resistió como un campeón. Y en el año 616 Etelfrido obtuvo una brutal victoria sobre los galeses en la batalla de Chester. Gracias a ello logró cortar la conexión terrestre entre los galeses y los cumbrios.

Sin embargo, poco después murió luchando contra Raedwald, rey de Anglia oriental. Bajo su protección estaba Edwin, quien era el hijo exiliado de un rey anterior de Deira, y le fue bastante sencillo tomar el control de Bernicia y Deira. Fue a casarse con una princesa cristiana de Kent, y para ello se convirtió a la religión de Cristo en el 627. Esto no gustó ni un pelo a sus vecinos mercianos, dirigidos por el rey Penda (626-655), quien era pagano y el cristianismo no le molaba nada. Aliado con el rey galés Cadwallon ap Cadfan, derrotaron y dieron muerte a Edwin y a su hijo en la batalla de Hatfield Chase, del año 633. Esto permitió a los galeses invadir todo Northumbria.

No obstante, pronto apareció Oswald, hijo exiliado de Etelfrido, y se cargó al rey galés en la batalla de Heavenfield en el 634 para convertir-se después en rey de Bernicia. De su reinado destacan las predicaciones del monje irlandés Aidan, quien construyó monasterios, iglesias y escuelas. Uno de ellos fue el de Lindisfarne, que se convirtió en uno de los centros de irradiación del cristianismo en Inglaterra.

El rey Penda de Mercia contraatacó, y mató a Oswald en la batalla de Maserfield del año 642. Entonces, su hermano Oswiu logró una gran victoria sobre los mercianos. Esa fue la batalla del río Winwaed, del año 655.

En esta batalla murió el rey Penda a pesar de su superioridad, y Oswiu unificó su reino bajo el nombre de Northumbria. Oswiu conquistó brevemente Mercia. Colocaron en el trono merciano a Peada, el hijo cristiano de Penda. Con Peada, Mercia, el último reino pagano, se volvió cristiano.

Todo parecía ir guay para la religión cristiana en Inglaterra, pero las diferentes iglesias del lugar no se ponían de acuerdo en algunos asuntos, como el día de celebración de la Pascua. Por ello, el rey Oswiu, en el año 664, celebró el sínodo de Whitby. Muchos religiosos cristianos se reunieron en la abadía de Whitby para decidir entre adoptar el rito romano o el rito irlandés. Finalmente ganó el rito romano.

La consolidación de la heptarquía anglosajona

Para el año 660 ya podemos ver a todos los reinos de la llamada heptarquía anglosajona bien consolidados: Northumbria, Mercia, Anglia oriental, Kent, Essex, Sussex y Wessex.

¿Sabías que...?

En este contexto es importante hablar de Sutton Hoo, una localidad de Anglia oriental en donde se encontró enterrado un barco funerario sobre el que construyeron una caseta que servía como tumba para un rey o alguien famoso de este reino. No se sabe quién estaba enterrado, pero posiblemente fuera uno de estos cuatro reyes: Eorpwald, Ricberht, Sigerberht o Ecgric.

Este hallazgo fue muy importante, porque hasta entonces existía el mito de que los anglosajones y sus construcciones eran muy rudimentarios y decadentes, pero resulta que eran más sofisticados de lo que se creía; al menos los reyes. Tenían muchas riquezas, armas y ornamentos de calidad, y una extensa red comercial, pues en el ajuar de Sutton Hoo había desde monedas francas a objetos bizantinos y seda de Siria. También hay alguna referencia al poema épico de Beowulf, que todo apunta a que fue escrito por esta época.

Mercia vivió un periodo de gran expansión bajo el reinado del rey Aethelred o Etelredo (675-704), hijo de Penda. Logró tomar todo el sur de Northumbria en el año 680, tras la batalla del río Trent, y consolidó su poder en el centro de Inglaterra. Por el contrario, Northumbria entraría en un periodo de conflictos internos, con luchas constantes entre reyes y nobles, que duraría décadas.

Hacia el 710, uno de los grandes monarcas de Wessex, el rey Ine (688-726), venció a los britanos del reino de Dumnonia, y lo hizo desaparecer para siempre. Construyó muchos monasterios e iglesias, y también creó un código legal: las leyes de Ine. Sin embargo, tras su muerte en el 726 durante un viaje a Roma, Wessex quedaría a merced de la poderosa Mercia.

Y es que, a partir del 730, gracias a su rey Aethelbald, o Ethelbaldo, parece que Mercia logró someter a vasallaje a todos los reyes del sur de Inglaterra. O al menos, a la gran mayoría, incluyendo Wessex en periodos intermitentes.

Uno de sus sucesores fue el rey Offa (757-796): con él, Mercia alcanzó su máximo apogeo. Durante su reinado siguió controlando el cotarro del sur de Inglaterra. Sussex, Kent y Anglia oriental acabaron sin rey. Bueno, estos reyes acabaron sin cabeza más bien. Incluso el reino de Wessex parece que también fue dependiente de Mercia tras la muerte del rey Cynewulf.

Offa también se enfrentó con el reino galés de Powys, y es famoso por haber construido un larguísimo dique con un muro de tierra que serviría como frontera entre Inglaterra y Gales, llamada la muralla de Offa. Los galeses acabaron aislados y desarrollaron una cultura propia en aquel territorio.

Offa también reformó la economía e introdujo los pennys, o peniques, una nueva moneda cuyo nombre fue heredado por el actual sistema monetario británico. Bajo su mandato, la capital de Mercia fue una población llamada Tamworth, situada bastante cerca de la actual Birmingham. Otra ciudad que controlaron fue Lincoln, en aquel tiempo llamada Lincylene, y construida sobre la romana Lindum Colonia. Esta ciudad también prosperó una barbaridad durante el reinado de Offa.

Por si los siete reinos anglosajones no eran suficiente movida, en esos años aparecieron nuevos enemigos que llegaron a Inglaterra con ganas de crear sus propios reinos: los vikingos. El 8 de junio del año 793 marcó el inicio de la era vikinga con el ataque vikingo al monasterio de Lindisfarne, en Northumbria. Este sería el primero de una serie de ataques que cambiarían por completo el panorama político de la isla y que daría inicio a la llamada «era vikinga».